

Mayor severidad se usó con el falso Obispo Teodosio, autor de todos estos desórdenes; pues el Gobernador de Palestina recibió orden para prenderle y hacerle castigar; pero el culpado lo supo á tiempo, y se fugó. Muchos cómplices de sus violencias, aun entre los monges, fueron condenados á penas corporales. Juvenal tornó á su Silla, depuso á todos los que habia ordenado Teodosio, y tuvo un sínodo para desvanecer las preocupaciones de los ánimos débiles contra el Concilio de Calcedonia, y fortificarlos contra las calumnias de los cismáticos. La carta sinodal dirigida á los Abades y monges, fue firmada por todos los Obispos de las tres palestinas. La astucia de los sectarios habia llegado hasta divulgar que el Papa Leon no aprobaba el Concilio de Calcedonia (1). Aunque esta invencion atribuida á Anatolio, estaba tan destituida de verosimilitud, hizo no obstante tal impresion, que el Emperador pidió al Pontífice que la desmintiese formalmente. Aun sin contar la carta á Flaviano, sola la distincion que hacia Leon entre el cánon de las prerogativas de la Iglesia de Constantinopla que reprobaba, y las decisiones de fe que habia aprobado formalmente, era suficiente para dar á conocer lo que pensaba de las decisiones dogmáticas de Calcedonia; pero á fin de contentar al Emperador, y no omitir cosa alguna en un negocio de tanta importancia, dirigió otra carta á todos los Obispos que habian asistido á este Concilio, declarándoles nuevamente que aprobaba lo es-

(1) *Nicephor. lib. 10. cap. 9.*

tablecido acerca de la fe, y que el que osase sostener el error de Nestorio ó el de Eutiques y Dióscoro, debia ser separado de la Iglesia (1): el Emperador quedó satisfecho, y los asuntos eclesiásticos principiaron á tomar un rumbo feliz. Mas apenas se disfrutaba de este consuelo, cuando el Emperador y todas las almas buenas sufrieron la pena de perder á la Emperatriz Pulqueria, que murió el año 453, á la edad de solos cincuenta y cuatro años; muger fuerte, virgen pura, digna de reinar en los cielos como en la tierra, y á la que venera la Iglesia con culto público el dia 10 de Setiembre. Si hizo de la corte un retiro de vírgenes fervorosas, aun fue un espectáculo mas admirable ver á la esposa de un Emperador darlas el ejemplo de las virtudes de su estado, y aunar de tal modo las obligaciones del cristianismo con las del trono, que lejos de oponerse estas dos funciones sacaban una de otra un nuevo vigor y lustre. Levantó muchas Iglesias magníficas, y entre ellas tres en honor de la reina de las vírgenes. Fundó y dió dotacion á muchos hospitales y monasterios, y dejó todos sus bienes á los pobres por medio de un testamento que Marciano observó con religiosa fidelidad. Mas lo que pinta en un solo rasgo el mérito de esta Princesa, la energía y elevacion de su alma y la solidéz de su virtud y de su espíritu, es que jamás se viera el Imperio mas dichoso ni mas seguro que cuando su hermano Teodosio la dejó gobernar. Por el contra-

(1) *Leo. M. Epist. 61.*

rio, cuando entregado á los eunucos ó á la rivalidad de su muger no seguia á este ángel tutelar, puso el Imperio y la Religion muy cercanos á su ruina; de suerte que el Oriente espuesto á los asaltos de los secretarios y de todos los hombres revoltosos se hubiera arruinado sin duda, como lo testifica San Leon, si no le hubiera sostenido esta incomparable muger.

68. Harto diversa fue la muerte del Emperador Valentiniano III, acaecida el 7 de Marzo del año 455 (1). Este Príncipe, que apenas rayaba en los treinta y seis años cuando pereció, habia desmentido mucho las ideas favorables formadas en otro tiempo de su virtud. Amancillaron todas sus buenas dotes la inacción y la incontinencia, y este último vicio fue al fin la causa de su ruina. Ya algun tiempo que se daba sin reserva á esta pasion vergonzosa. La muger del patricio Máximo, uno de los primeros señores del Occidente, no era menos apreciable por su virtud que por su belleza. Desesperado Valentiniano de seducirla, la sorprendió brutalmente y llegó hasta los mayores excesos (2). Luego que pudo huir, fue bañada en lágrimas á noticiar á su esposo su deshonra y desesperacion; encerróse despues en un cuarto llevando la muerte consigo, y efectivamente murió pasados pocos dias.

69. Concibió Máximo, descendiente del Emperador del mismo nombre que habia reinado algun tiempo en las Galias, una ambicion que le cohonestaba

(1) *Prosp. Idac. et Marcel. Chronic. ad ann. 455.* (2) *Evagr. lib. 2. hist. ca p. 7.*

con ventaja el débil derecho de su cuna. No obstante disimuló ante Valentiniano, y fingió no saber la deshonra de su esposa, y aun tuvo suficiente serenidad de espíritu para comprender, que aun cuando vacase el trono no podria aspirar á él entanto que existiese Aecio. Emprendió, pues, por esto indisponerle con el Príncipe, y le persuadió de tal suerte que Aecio, orgulloso con sus triunfos, aspiraba al Imperio, que este infame y vano Emperador cosió á puñaladas á aquel gran capitán por sus mismas manos. Paseándose el Emperador en Roma despues de este horroroso asesinato en el campo de Marte, fue asaltado por dos de la gente de Aecio movidos por Máximo, los cuales mataron en público á Valentiniano sin que nadie acudiera á su defensa. Asi acabó el último Príncipe de la sangre del gran Teodosio. Inmediatamente fue reconocido Máximo por Emperador, y se desposó con Eudisia viuda de Valentiniano, no sabiendo aun que este nuevo esposo habia sido el asesino del primero.

70. Mas al descubrir ella esta infame trama, no dió límites á su despecho; y prefiriendo á este yugo indigno el de los mas horribles bárbaros, convidó á Genserico á que viniese á apoderarse de Roma. El Rey de los Vándalos, siempre pronto al pillage, no se hizo de rogar, y en breve tomó tierra en Ostia y se dirigió derechamente á Roma. No cuidando Máximo mas que de huir, y permitiendo á todos hacer lo mismo, se hizo tan despreciable que atentaron sin temor contra su vida, y fue hecho á pedazos el dia setenta y siete de su reinado por los antiguos criados de Valen-

tiniano, que echaron al Tiber los miembros del par-
ricida (1).

71. Abandonóse toda la ciudad á la consternacion,
sin pensar siquiera en defenderse. Tan solo el Ponti-
fice salió al encuentro á Genserico, poco capáz de
intimidarle despues de Átila. Obtuvo quanto se podia
obtener de tal vencedor, y mas de lo que podia es-
perarse; esto es, que los Vándalos se contentarian con
el saqueo: que se abstendrian de matar y de incen-
diar, y que no serian saqueadas ni visitadas tres Igle-
sias, la de San Pedro, la de San Pablo y la Basilica
Constantiniana. Se cumplió la palabra; pero por es-
pacio de catorce dias saquearon todo lo restante de
la ciudad, de donde llevaron riquezas inmensas, es-
pecialmente los vasos sagrados que el Emperador Tito
habia llevado en otro tiempo de Jerusalem. Hubo mi-
llares de cautivos, entre los cuales la Emperatriz que
habia llamado á los bárbaros fue llevada á Cartago
con sus dos hijas Eudosa y Placidia.

72. Mas este desastre fue saludable á la otra Eu-
dosa, viuda del Emperador Teodosio y madre de la
Emperatriz de Occidente. Para ella eran un débil
consuelo su filosofía y sus luces naturales, sin el
de la fe de que estaba privada por haber abrazado la
heregía de Eutiques. Estos golpes que descargaba el
Señor, le escitaron las más serias reflexiones, y en bre-
ve temió que no seguía buen camino (2). Encontrá-
banse aun abundantemente en la tierra santa donde

(1) *Procop. lib. 4. hist. cap. 5.* (2) *Vit S. Euthim. pag. 64.*
et seq.

ella moraba, varones santos, poderosos en obras y pa-
labras. Consultó los de mas nombradía: supo de ellos
que su muerte no estaba muy lejos, y que ninguna
obra de virtud debia darla consuelo si no volvía al
centro de la unidad, sometiéndose al Concilio de Cal-
cedonia, y á Juvenal su legítimo Obispo. Obedeció
á esta voz del cielo: abjuró en público la heregía en
Jerusalem, y entró en la comunión de la Iglesia, en
la que perseveró con constancia hasta morir. Antes
de su muerte tuvo el consuelo de saber que el Prín-
cipe Hunerico, hijo del Rey de los Vándalos, se ha-
bia casado con la primera de las dos hijas de Valen-
tiniano, y que la segunda fue enviada con su madre
á Constantinopla.

73. En África quedaba una multitud de otros cau-
tivos ilustres, que dieron materia en abundancia á la
caridad del Obispo de Cartago llamado Deogracias,
el cual habia sido ordenado en 454 á ruegos del Em-
perador Valentiniano despues de una larga vacante de
esta Silla. Conmovieron vivamente á este Prelado los
tratamientos inhumanos que sufrían (1). Como los ven-
cedores eran unos Moros y otros Vándalos, dividían
entre sí los prisioneros, y separaban desapiadadamente
los hijos de sus padres y las mugeres de sus esposos.
Así en la miseria y penuria de la esclavitud ni aun
tenían el triste consuelo de arrastrar sus cadenas en
compañía de las personas que amaban, para confun-
dir juntos sus sudores y sus lágrimas. Había una mul-
titud de enfermos, así por las necesidades que sufrían,

(1) *Vict. Vit. lib. 1. cap. 8.*

como por las incomodidades extraordinarias que padecieron en la navegacion. Rescató el santo Obispo cuantos pudo pagar, no temiendo vender para tan buena obra los vasos de oro y plata que servian á las Iglesias. A los enfermos les suministraba todos los socorros que necesitaban, hacía les repartir el alimento debido, y acompañaba por sí mismo á los médicos que los visitaban. Por la noche reconocia si estaban bien asistidos, y preguntaba á cada uno de lecho en lecho qué tal se hallaba, y esto á pesar de su debilidad y edad avanzada. Muy poco despues murió, no habiendo ocupado la Silla de Cartago mas que tres años.

Con este triste suceso creyeron los cautivos que volvian á verse nuevamente en la esclavitud, ó por mejor decir, que entonces principiaba. No fue menos funesta esta muerte á la Iglesia de África en general, pues el Rey Genserico tomó de ella ocasion para prohibir que se ordenasen Obispos en la provincia Proconsular y en la Zeugitana, donde aun habia sesenta y cuatro, pero la mayor parte muy viejos. De este modo faltando de estos cada día, quedaron reducidos á tres despues de algunos años. Venera la Iglesia la memoria de San Deogracias el día 22 de Marzo. La fogosidad de Genserico fue causa de la santificacion de otros muchos Africanos, sin contar el grande número de Mártires que produjo.

74. Encendió esta inhumanidad tanto ó mas que las devastaciones del Vándalo el celo y valentía del Emperador Marciano, que pensó seriamente en ha-

cerle la guerra. Como Principe Cristiano se dispuso á ella, reuniendo á las sabias precauciones dictadas por la esperiencia y la política cuanto podia poner de su parte al cielo, como las rogativas públicas y abundantes limosnas á los necesitados. Mas si estas obras de piedad no pudieron servir para llevar á cabo sus intentos temporales, no se perdieron para la eternidad en las circunstancias de su cercana muerte, acaecida poco despues en el año 457, á los sesenta y cinco de su edad. Llenaron todos su memoria de bendiciones, por sus virtudes y su aplicacion al bien del estado y de la Religion. Sucedióle el tribuno Leon, Gobernador de Silimbria, nacido en Tracia, y el 7 de Febrero del mismo año le eligieron las tropas con el asenso del Senado.

75. Amaba con sinceridad la Religion; pero en el principio de su reinado cayó en una falta por sorpresa ó debilidad, que consternando á San Leon y á todos los que cuidaban del bien de la Iglesia, les hizo conocer desde luego que el Oriente no era ya gobernado por Marciano y Pulqueria. Cobrando ánimo los Eutiquianos, tan numerosos en Egipto, con la mudanza de Soberano, pusieron á la cabeza de los sediciosos al monge Timoteo, ordenado de Presbítero en tiempo de Dióscoro (1). Ya mucho tiempo que tramaba secretamente la intriga y revolucion que habia formado. Iba de noche con una caña hueca por las celdillas de los solitarios, y hablándoles con esta especie de bocina, los llamaba uno á uno por sus nom-

(1) *Nicephor, lib. 15. cap. 16. Evagr. lib. 2. cap. 8.*

bres que antes se había cuidado de aprender, y decía ser un ángel enviado del cielo, que venia á advertirles que huyesen de la comunión de Proterio y eligiesen al monje Timoteo por Obispo, señalándose de este modo á sí mismo. A esta supercheria sacrilega que le hacia correr de noche como los gatos sobre los tejados, se refiere su sobrenombre de Elúro, palabra con que los griegos llaman á aquellos animales.

Cuando creyó afirmada su trama, y supo la muerte de Marciano autor de su destierro, se presentó insolentemente en público, y declamó altamente contra el Concilio de Calcedonia. Entre los monjes que le eran adictos, reunió primero los de las inmediaciones de Alejandria con una tropa de bandidos y sediciosos ganados con dinero; y sirviéndose de la ausencia del Gobernador que estaba ocupado á la sazón con sus tropas en el alto Egipto, llenó la ciudad de tan descomunal sedición, que los Católicos no se atrevieron á dejarse ver. Despues de apoderarse de la Iglesia mayor, llamada el templo Cesariano, se hizo ordenar Obispo por Eusebio de Pelusio y Pedro de Mayuma, dos de los cuatro ó cinco Obispos que estaban confinados, y reducidos por su rebelion contra la Iglesia y sus primeros Prelados, á obsequiar á un monje revolucionario. Quedaba un obstáculo á su faccion en la persona del Obispo Proterio, que buscó en vano su seguridad en el baptisterio.

76. No le preservó de su furor ni la santidad del lugar, ni la del dia, que era viernes santo. Sin atencion á su virtud, ni á su ancianidad venerable, ni

á sus canas, le hirieron varias veces con una espada estando en oracion. No se contentó su furor con la muerte, sino que ataron su cuerpo con una cuerda y le colgaron á vista del pueblo, con griteria y feroces insultos. Despues le arrastraron por toda la ciudad hasta hacerle trozos; siendo tal la rabia de algunos, que llegaron hasta beber su sangre. Quemaron el resto de sus miembros, y echaron sus cenizas al aire. Muchos Católicos sufrieron martirio con su santo Obispo.

77. Timoteo borró el nombre de Proterio de los sagrados dípticos, puso en ellos el suyo despues del de Dióscoro, y saquéó los bienes del Mártir y su familia. Respecto á los de la Iglesia, disponia de ellos despóticamente, prodigándolos á los de su faccion y á sus parientes, sin que le viniesen siquiera á la memoria los pobres. Falló anatema contra el Concilio de Calcedonia y los fieles que le respetaban, y señaladamente contra el Papa y los Obispos de las primeras Sillas. Eligió á los mas furiosos en el limitado número de los Obispos de su faccion, y los envió á todas las ciudades de la provincia para perseguir á los Prelados Católicos y á su clero. Separaron de sus Iglesias á los mas venerables Pastores y ancianos ordenados en tiempo de San Cirilo y aun antes, y luego pusieron hereges en su puesto. Asimismo perseguian á los ortodoxos en los monasterios de uno y de otro sexo, en los cuales se procuraba establecer sacerdotes hereges; de modo que los eclesiásticos sumisos á las decisiones de la fe, se veían en general

reducidos á la fuga ó á mantenerse ocultos de todo punto.

78. El Emperador Leon, á pesar de tantos excesos, estaba sumido en la inaccion y en una especie de indecision sobre lo que debia pensar de tales facciosos. Estos enviaron á Constantinopla memoriales en que decian, que el pueblo y magistrados de Alejandria no querian mas Obispo que Timoteo. En quanto á la fe, hacian profesion de la de Nicea y Éfeso, no mencionaban el Concilio de Constantinopla, y censuraban con insolencia el de Calcedonia, al Papa Leon que le respetaba, y á todos los Obispos de Oriente que le habian encomiado. Despues de lo cual añaden, que sin hacer caso de este, era preciso reunir otro, y examinar de nuevo la fe. El Emperador abandonado á estos vanos temores, que empeñan muchas veces en los mas arriesgados lances á un político débil y limitado, propuso al Patriarca de Constantinopla, que congregase su clero con todos los Obispos que estaban en la capital para dar su parecer, tanto sobre la ordenacion de Timoteo, como sobre los decretos de Calcedonia. Por el mismo estilo escribió al Sumo Pontífice, suplicándole que viniese á Constantinopla; á Basilio de Antioquia, sucesor de Máximo, á Juvenal de Jerusalem, y á una multitud de Metropolitanos y Obispos de las Iglesias mas principales, cuyo número llegaba á cerca de sesenta; y aun hubiera opinado que se celebrase un Concilio ecuménico nuevamente, si despues de los gastos del último y otros obstáculos hubiera sido dable celebrarlo.

Contestó el Papa al Emperador, como ya lo habia hecho un Concilio de cuarenta Obispos reunidos en Constantinopla, que seria un atentado examinar de nuevo las decisiones de un Concilio general, las cuales siendo dictadas por el Espíritu Santo, son infalibles é irreformables: que en vez de poner en cuestion lo que ya estaba decidido, solo debia pensar en reprimir á los indóciles: que si se renovaban así las cuestiones al antojo de los hereges, jamás se acabarían las disensiones de la Iglesia; y que esta culpable condescendencia no podia hacer otra cosa que acrecentarlas. Por último, le exhortaba á que cuanto antes arrojase al monge Timoteo de la Silla de Alejandria, que tan indignamente habia usurpado; haciéndole presente que tal era el deseo de cuasi todos los Obispos de Egipto, como lo habian mostrado en sus cartas, y muchos de viva voz en la misma Constantinopla, adonde se refugiaron despues de las violencias del usurpador, entantó que los Obispos cismáticos no habian osado firmar su representacion, temerosos de manifestar su corto número.

Esta sabia entereza del Pontífice hizo que no se pensase mas en celebrar nuevo Concilio; empero los Eutiquianos perdiendo todas sus esperanzas por otra parte, pidieron que se les concediese á lo menos una conferencia, en la que pudiesen proponer sus dificultades. Permaneció San Leon inflexible contra esta nueva astucia; „siempre, contestó, seria destruir la autoridad del Concilio de Calcedonia acceder á esta súplica artificiosa de sectariós revolucionarios, y no